

JESUS COMO LIBERADOR

PEDRO TRIGO

UN DETERMINADO TIPO DE LENGUAJE

SIGNOS DE LIBERACION (CEP, Lima, 1973) es una colección de documentos muy concretos, muy circunstanciales. Son cartas, comunicaciones, mensajes, declaraciones, conclusiones, informes, programas radiales... Por eso hay que poseer vitalmente el contexto en el que surgen y al que se refieren. Hay que entenderlos como guías de acción, ilustraciones, notas al margen; su fin es dar razón de una actitud, de una posición asumida. Eso no va en contra de su pretensión de objetividad; desde nuestro punto de vista más bien dice la seriedad de esa pretensión pues se arriesga a la acción pública en coyunturas difíciles. Pero este tipo de documentos está lleno de sobreentendidos. El contexto vital, extraliterario, en el que surgen es tan fuerte que sobrecarga de significación a las palabras. Palabras que en el uso ordinario del lenguaje están casi gastadas, recobran en circunstancias decisivas valor definitorio. Las palabras entonces no tratan tan sólo de aludir a realidades y descubrirlas sino que en ellas se juegan enteras las personas y los grupos.

Esta observación vale para nuestro tema. Estos textos no tratan de hacer un tratado teológico abstracto sobre la figura de Jesús. Sus autores no tratan de decir lo que saben de él. Son documentos que tratan de aspectos sumamente concretos: una protesta por unos encarcelamientos, un análisis del modo cómo se desenvuelve una reforma agraria, una toma de posición ante medidas concretas de política económica, la reformulación del programa pastoral de una diócesis ante una experiencia poco realista... Lo que se dice sobre Jesús es siempre a modo de alusión, de un modo indirecto, como explicitación incidental de una posición cristiana, a modo de motivación o como explicitación de un compromiso o como referencia normativa para tomar una decisión o como cualificación de toda una vida. Es siempre un hablar como connotación, un hablar que brota, pues, de la abundancia del corazón y que por eso traduce las posiciones más íntimas. De este modo lo que desde un punto de vista formal puede parecer incidental y fragmentario resulta sin embargo una expresión profunda y en cierto modo completa. Porque no es lo que se sabe de Jesús, sino el Jesús vivo y referencia vital. Es la expresión correcta de la fe en Jesús de grupos de cristianos de toda edad, estado y condición diseminados en todos los rincones del continente.

UNA PROPOSICION

Y ¿qué nos dicen de Jesús? ¿Qué imagen se forman de él? Hay muchos matices, pero no traicionamos a los textos si los agrupamos en esta sola expresión: Jesucristo liberador. Estos cristianos proclaman que Jesús ha venido a liberarnos de todo tipo de opresión. La obra de liberación de Cristo se está realizando hoy aquí. Nosotros estamos en ella. Nos unimos a Cristo liberador en el compromiso por la liberación de los oprimidos. Si servimos al pueblo nos constituimos en mensajeros de la Buena Noticia: "Cristo sigue liberando al hombre de todo tipo de esclavitud" (120).

Creemos que esta formulación expresa de un modo concreto la globalidad del mensaje cristiano para muchos hombres de latinoamérica. Creemos que decir "Cristo sigue liberando al hombre de todo tipo de esclavitud" es hoy y aquí una proclamación adecuada del evangelio.

ALGUNOS PRINCIPIOS DE INTERPRETACION

Nos parece que esto no debe escandalizar como si hubiéramos operado una reducción, una mutilación del evangelio para acomodarlo a las circunstancias. Cabe el peligro, pero no necesariamente se cae en él y es necesario correrlo para que la fidelidad al evangelio no sea literal, arqueológica sino viva y espiritual.

La Iglesia posee numerosas formulaciones sobre el misterio de Jesús. Imágenes en cierto modo irreductibles y necesarias todas de alguna manera para expresar que Cristo sigue siendo el Señor de la Iglesia y no su hechura, el Señor de los tiempos y las culturas y no la expresión inmanente de cada tiempo y lugar. Esto es verdad y este es el sentido de la ortodoxia.

Pero existen en cada lugar y tiempo expresiones que son limitadas y aún parciales si las consideramos de un modo abstracto, pero que en concreto vehiculan y expresan una totalidad histórica: Jesús como Logos en el ámbito estoico y neoplatónico, el Pantocrator en el imperio bizantino y en el Sacro Imperio Romano-Germánico, el Cristo pobre y divinamente humano de San Francisco de Asís o San Bernardo, el Cristo desgarrado de Grünewald o del Barroco español, el Jesús hermoso y fuerte del Renacimiento Italiano, el Cristo jansenista como abandonado de Dios, el Jesús Maestro de la Ilustración, el Corazón de Jesús de la marginación cristiana, el Cristo Rey de la Restauración.

Son figuras siempre ambiguas, pero mediaciones necesarias de la fe. Se puede llevar a cabo una interpretación reductora y hablar entonces de Jesús como la mera cifra simbólica de los sucesivos modelos humanos. Entonces la unidad de Cristo sería meramente nominal, como el camaleón cambiaría de color según la época, no tendría sustancia propia. Se podría hacer una interpretación distinta y hablaríamos de una figura histórica que obraría a modo de catalizador para que cada época dé de sí comparándose a él, mediándose con él. Jesús sería así una especie de ejemplar —la causa ejemplar, tan querida al platonismo— de la humanidad.

Desde nuestra fe nos referiríamos a esas sucesivas figuras de Jesús de un doble modo: Por una parte expresarían la resurrección de Jesús, su exaltación: Jesús está aquí como el futuro de la historia y de este modo su engendrador. Entonces esas imágenes serían válidas en cuanto que desabsolutizan una época histórica y la relativizan poniendo fuera de ella, sólo en Jesús, sus símbolos supremos; también serían válidas en cuanto que expresan la negación de los ídolos de una cultura y la lucha victoriosa contra ellos.

Por otra parte expresarían el intento, siempre presente en todos, de vestirle al Señor con nuestros atributos, la pretensión demoníaca de prestarle nuestra gloria, en el fondo el intento de suplantarle. Hacer un ídolo con las obras de nuestras manos, de nuestra cultura, y rendirle culto con el nombre del Dios humanado.

Creemos que en las diversas imágenes de Jesús que hemos presentado pueden verse ambas vertientes, naturalmente que en grado diverso, de modo que unas han quedado como expresiones muy circunstanciales, muy secundarias, incluso muy desfiguradas y otras sin embargo han permanecido como expresiones relativamente adecuadas y permanentes de la fe de los cristianos.

¿Y dónde habría que buscar la causa de la diversa densidad de esas expresiones de fe cristológica? Sin duda que en la situación cristiana del pueblo que las engendró. La figura, por ejemplo, de Cristo Rey reflejaba el estado de una cristiandad que, al negar los ídolos de los tiempos modernos, no acertó sin embargo a expresar el señorío de Cristo sino con arquetipos arcaizantes. Y sin embargo ¿no significó un primer intento de acabar con la marginalidad cristiana del siglo XIX y proclamar a Cristo al mundo? Pero, está claro que no se la puede comparar en poderío, en fuerza de suscitación histórica con el sereno Cristo románico de grandes brazos, de grandes manos para abarcar al mundo, que reina desde la cruz y que desde los tímpanos de las iglesias preside como juez vivificador los espacios y los tiempos humanos. Sólo un vigor tan sereno y tan incontrastable pudo servir de quicio, de lastre, de fiel a aquel remolino agónico de pueblos y de culturas.

Naturalmente que al hablar de que el pueblo engendra estas expresiones de fe cristológica no estamos afirmando que las distintas imágenes de Jesús sean meras proyecciones de necesidades, anhelos y realizaciones culturales, porque hemos insistido en que quien las produce es la fe del pueblo, y para nosotros la fe no es una fe filosófica sino la realidad de Dios en nosotros y más concretamente la realidad del mismo Jesús.

CUATRO TEXTOS EVANGELICOS

Según eso ¿qué pensar de la densidad, de la capacidad de expresar nuestra fe de esta imagen que es Jesús liberador? Para responder a esta pregunta vamos a regresar a los textos. Nos hemos referido ya a la enorme cantidad de fórmulas breves que califican a Jesús como liberador, a su obra como una obra de liberación, a su liberación como un proceso actual en el que estamos implicados y que nos lanza a la esperanza de la liberación total.

Vamos a referirnos ahora brevemente a los textos evangélicos sobre Jesús citados textualmente. Tienen interés porque significa que son muy importantes, realmente definitivos para sus autores ya que han juzgado necesario transmitirlos en unos documentos que no trataban directamente de la figura de Jesús sino de analizar y tomar posición en hechos muy concretos.

Hay dos pasajes que se repiten abrumadoramente. El primero es el episodio que sitúa Lucas (4, 16-30) al comienzo de la vida pública de Jesús en la sinagoga de Nazaret. Jesús abre el libro de Isaías y lee: "El Espíritu de Dios está sobre mí...". Luego cierra el libro y dice: Ahora se está cumpliendo esta Escritura. Los textos que reseñamos se limitan a transcribir la cita de Isaías y la resumen diciendo que Jesús ha venido a liberar a los oprimidos. Este texto sería, pues, si no la fuente de esa imagen de Cristo liberador —que en estos documentos aparece ligada a toda la vida de Jesús que culmina en la muerte y resurrección— sí su más clara explicitación evangélica. En este texto aparece la liberación como una obra del Espíritu de Dios que tiene la iniciativa del envío. El contenido de la liberación es toda opresión ejemplificada en la pobreza, el cautiverio y la ceguera. El lugar de esta liberación es la historia.

El segundo episodio es el juicio final que presenta Mateo (25, 31-46). En casi todos los textos sólo se cita el versículo 40: "En verdad les digo que cuanto hicieron con uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron". Se subraya que la acción de liberar al pobre, al oprimido es una acción que se hace a Jesús. El presupuesto es que Jesús vive en el oprimido y se identifica con su suerte para liberarlo. En el que libera está Cristo liberando. Y el contenido de la liberación es global: liberar del hambre, la sed, la desnudez, la cárcel, la discriminación, la soledad.

La ligazón interna de estos dos pasajes aparece clara a través de otros dos también citados repetidamente. El primero sería Marcos 10,45: Jesús no ha venido a ser servido sino a servir; o dicho con palabras de Lucas: "yo estoy entre ustedes como quien sirve" (22,27). Esta sería la concreción de Lucas 4,18: Jesús ha venido a liberar a los oprimidos, pero no al modo como dicen liberar los grandes de la tierra, que aunque

se hacen llamar Beneméritos en realidad oprimen a los pueblos. Jesús libera sirviendo al pueblo. De este modo el que pone su vida al servicio del pueblo (Mt. 25, 40) está haciendo una acción paralela a la de Jesús, tiene la misma actitud que Jesús y más concretamente aún es movido por el mismo Espíritu que Jesús, por el Espíritu de Jesús.

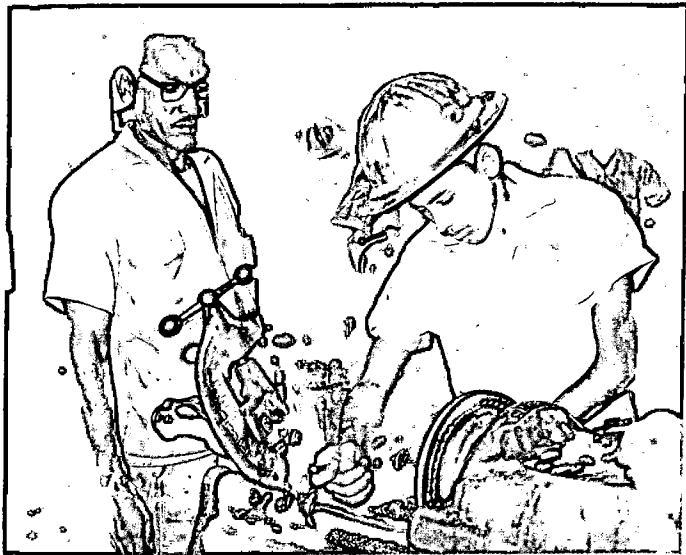
El otro pasaje sería el de Filipenses 2,5-11. San Pablo nos exhorta a servir a los hermanos emparejándonos a los más pequeños, como Cristo que se despojó de su rango, se hizo uno de tantos, se humilló hasta sufrir muerte de cruz y por eso Dios lo exaltó como Señor de cielos y tierra. Este pasaje da la explicación de Mateo 25, 40: el que hace bien a uno de estos pequeños se lo hace a Cristo porque Jesús es uno de estos pequeños. El que trata de libertar al pueblo sirviéndolo desde abajo es ante todo el mismo Jesús que de este modo se ha aliado, se ha hecho hermano del pueblo, y el que trata de liberar al pueblo de esa manera —lo sepa o no— está siguiendo en realidad el camino de Jesús, participa de su misterio de despojamiento voluntario por hacerse solidario. Y de esta manera nos liberó Cristo: porque Dios no lo abandonó al poder de la muerte sino que valoró su vida entregada y su sangre derramada como camino y fuente de reconciliación, de liberación. Antes, pues, de hablar de una identidad mística entre Jesús y los oprimidos tenemos que hablar de una identidad histórica. Jesús es el más oprimido, juzgado por los jueces de la tierra digno de la muerte más ignominiosa. Pero el juicio de Dios fue distinto. El lo llamó de la muerte y lo puso a su derecha. Así que el juicio de Jesús sobre nosotros es el mismo juicio de Dios sobre Jesús.

Para concretar más esta imagen que se desprende de las referencias evangélicas vamos a referirnos a los textos que aparecen una sola vez. Tienen sentido en cuanto que unidos a otros nos dan impresiones de conjunto. Podemos ver en ellos dos series: Una se refiere a la situación de tribulación y persecuciones y transcribe el juicio de Jesús —bienaventurados—, el paralelismo con su vida —a mí también me persiguieron—, la promesa de asistencia —yo estaré con ustedes— y la confianza en la victoria —yo he vencido al mundo. La otra serie se refiere a la pobreza: El hecho de la vida pobre de Jesús —no tiene dónde reclinar la cabeza—, su exhortación al desprendimiento —al que te quite la capa dale también la túnica—, el sentido de su pobreza —se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza—, su rechazo absoluto del dios dinero —no pueden servir a Dios y al dinero— y por eso el peligro de la riqueza —qué difícil que se salve un rico.

Creemos que estos textos expresan la situación de marginación social, de sufrimientos y de persecución que fue la consecuencia necesaria del tipo de liberación que Jesús escogió y que aparece tarde o temprano en la vida de los que con sus palabras y sus vidas anuncian que esta liberación sigue actuando.

COMO LIBERA JESUS

¿Qué decir de esta imagen de Jesús? No es una imagen simplista: no es el Mesías político victorioso, no es el guerrillero inasible ni tampoco el guerrillero traicionado y muerto. No es un liberador como los liberadores de este mundo. Ni siquiera como los más queridos como pueden ser Bolívar, San Martín, Martí o el Che Guevara. Para estos cristianos Jesús como liberador ocupa un puesto tan único que puede hablarse de la liberación como liberación de Jesús. En realidad para estos cristianos Jesús es el que libera en todos los liberadores. Jesús es el único liberador. Todas las demás liberaciones son relativas, mediaciones necesarias, pero sólo mediaciones. Mediaciones históricas, y por eso reales y con sustancia propia ya que Jesús no trata de hacer la competencia a nadie sino por el contrario es el que da vida, el que suscita liberadores. Y precisamente este misterio radical de pobreza, esta capacidad de desasimiento, de no buscar la propia gloria sino de vaciarse de sí en la obediencia al Padre, cuya otra cara es el servicio a los hermanos, es la marca para estos cristianos de la divinidad de Jesús, cuya manifestación es la falta de avidez individual que lo constituye como persona universal.



LA NOVEDAD HISTORICA DE LA LIBERACION DE JESUS

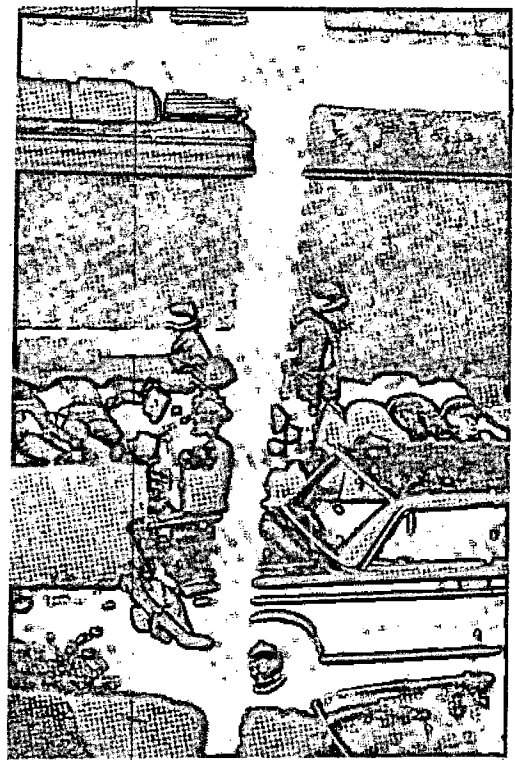
Insistimos en la historicidad concreta de esta proclamación de fe: "Cristo sigue liberando al hombre de todo tipo de esclavitud". Proclamar a Jesús como liberador no es hoy y aquí decir con otras palabras lo que siempre se ha dicho. Es decir algo distinto, algo inédito, una buena nueva. Es, eso sí, decir al mismo, al único Jesús de Nazaret. Y precisamente sólo se proclama al mismo Jesús de Nazaret si se dice algo distinto, ya que Jesús se revela históricamente. Y los que intentan detener la historia, despojarla de su novedad, reducirla a lo viejo están negando a Jesús que como porvenir del mundo es el más profundo motor de la historia.

¿Y en qué consiste esa novedad? En el descubrimiento de la dimensión política de la liberación. Esa mediación, por ser la mediación concreta de nuestro momento histórico, es la que discrimina a los adoradores de este mundo de los seguidores de la cruz de Cristo. Mientras no se toque este aspecto el cristiano está bien visto por los poderosos, porque mientras eso no se toque no se libera a los oprimidos. Pero entonces no hay ninguna buena nueva real.

No se trata de que la liberación de Cristo se identifique con la liberación política sino del descubrimiento, recibido como una buena nueva, de que esta racionalidad política que estamos comenzando a descubrir entre nosotros como una posibilidad real aunque lejana reciba su sentido encuadrada en la liberación total: "La salvación de Cristo —dice uno de tantos textos— no se agota en la liberación política, pero ésta encuentra su lugar y su verdadera significación en la liberación total. "(179-80). Se trata del descubrimiento de que meterse a soñar y a parir esta hora de los pueblos no aleja de Cristo sino que lleva al encuentro con su misterio: "El cristiano comprometido en la praxis revolucionaria descubre la fuerza liberadora del amor de Dios, de la muerte y resurrección de Cristo" (243). Es la espiritualidad de la liberación que, en los tiempos que vivimos es, por donde quiera que se mire, la espiritualidad de la cruz que nadie puede vivir por mucho tiempo si no le apremia el amor de Cristo.

JESUS LIBERADOR, UNA PROPOSICION EVANGELIZADORA

Jesús liberador es en Latinoamérica una proposición evangelizadora. No es todavía una imagen delineada. Eso vendrá con el tiempo a medida que vaya haciéndose realidad la proposición. Conviene destacar que en este proceso la imagen de Jesús no ha sido lo primero. No ha sido algo apriorístico:



una manipulación de la fe. Más bien la proposición evangelizadora "Cristo sigue liberando al hombre de todo tipo de esclavitud" ha sido fruto de una gestación dolorosa, ha sido una palabra que se ha ido forjando en silencio en el seno de una experiencia oscura de fe, ha sido el descubrimiento gozoso, el alumbramiento de una dura marcha. Grupos de cristianos, de compañeros nuestros latinoamericanos, han seguido sin saberlo el camino de nuestro padre en la fe, de Abraham que "por la fe, al ser llamado por Dios, obedeció y salió para el lugar que había de recibir por herencia y salió sin saber dónde iba" (Hebr. 11, 8). Han seguido los pasos de Moisés que "por la fe salió de Egipto sin temer la ira del rey; se mantuvo firme como si viera al invisible" (Hbr. 11, 27) Grupos de cristianos latinoamericanos han dejado su clase social, se han expuesto a las iras de los sectores que detentan el poder, se han mantenido firmes en su debilidad, esperando contra toda esperanza porque han tenido "fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consume la fe, el que en lugar del gozo que se le proponía soportó la cruz sin miedo a la ignominia y está sentado a la derecha del trono de Dios" (Hbr. 12, 2).

Y en ese camino de despojo han sentido que Cristo los liberaba, que él operaba en ellos una conversión. Como Pedro, van siendo llevados donde no querían (cf. Jn. 21, 18). Los que entraron a salvar se van encontrando salvados precisamente cuando son marginados y perseguidos. Como Jesús (Hbr. 5, 8) van aprendiendo a base de sufrimientos. Y a medida que se van gastando en la lucha se van haciendo más fuertes, y en el corazón de la opresión experimentan que Cristo sigue liberando de todo tipo de esclavitud y por eso tienen esperanza para luchar contra todo tipo de opresión. Porque no sólo para meterse en la lucha sino hasta para renovar una y otra vez los instrumentos de análisis buscando una captación cada vez más profunda de la situación y su dinámica se necesita experimentar la esperanza de salvación.

Hemos tratado de presentar a través de unos textos al Cristo liberador que es proclamado hoy en Latinoamérica. Y nos hemos referido a cómo surge esta imagen. Tenemos que decir que la exégesis y la sistematización vienen después como aquilatamiento e interpretación de la experiencia. La pobreza formal de nuestra cristología, si es cierto que por una parte expresa la escasez del carisma teológico en Latinoamérica, es verdad que más profundamente expresa que las formulaciones entre nosotros son formulaciones de la fe de los cristianos y no elucubraciones, más o menos inteligentes, de laboratorio. La teología sale, como debe ser, de la pastoral. Y esta pastoral, hablando continentalmente y más concretamente en nuestro país apenas está comenzando.